

ANA MARTÍNEZ GARCÍA

GELEC (Universidad de Cádiz)

María Zambrano, colaboradora en revistas literarias. El caso de Rueca (1941-1952)

Resumen

María Zambrano participó en múltiples publicaciones literarias desde que inició su labor intelectual en España con textos de incalculable valor que dieron vida, con el paso del tiempo, a sus diferentes obras de crítica y pensamiento. En esta ocasión revisaremos el caso de la revista *Rueca* (1941-1952), donde participó gracias a la invitación de su amiga Isabel de Palencia a escribir un texto sobre las mujeres de Galdós, el primero desde el destierro, que daría lugar con el paso del tiempo a otros tantos y a una obra centrada en el narrador. Para ello, desde una perspectiva revisionista, historicista, veremos el contexto en el que nace la revista, dirigida por y para mujeres donde también colaboraron grandes figuras masculinas del momento; y, seguidamente, bajo una mirada semiótica revisaremos la colaboración de Zambrano sobre Galdós. Por tanto, a través de este trabajo resaltaremos la importancia de esta colaboración en la revista junto a una carta olvidada y pondremos de relieve el valor de estudiar las publicaciones y sus colaboraciones, pues nos llevan a descubrir parte de la historia que hay detrás de muchos libros.

Palabras claves

María Zambrano; Publicaciones literarias; Exilio Español de 1939; Benito Pérez Galdós; Isabel de Palencia; Literatura española

Antígona, 03-2025, pp. 50-76

María Zambrano, contributor to literary magazines. The case of Rueca (1941-1952)

Abstract

María Zambrano participated in many literary publications since the beginning of her intellectual work in Spain, writing texts of incalculable value which would gradually shape the corpus of her critical and philosophical work. On this occasion we will review the case of the magazine *Rueca* (1941-1952), where she participated in response to her friend Isabel de Palencia's invitation to write a text on female characters in Galdós's novels. This was the first text about the novelist since her exile, and it would be followed by many others, including a book focused on the narrator. For this reason, from a revisionist and historicist perspective, we will study the context in which this magazine was created, a magazine directed by and for women but in which also great male figures of the moment collaborated; and then, under a semiotic perspective, we will review Zambrano's collaboration about Galdós. Therefore, through this work we will highlight the importance of this collaboration in the magazine along with a forgotten letter, and we will emphasize the value of studying publications and collaborations, since they help us uncover a part of the history behind many books.

Keywords

María Zambrano; Literary journeys; Spanish exile of 1939; Benito Pérez Galdós; Isabel de Palencia; Spanish literature.

Introducción

María Zambrano desarrolló su labor intelectual en un contexto cultural donde las revistas se multiplicaban. Colaborar en ellas era dar a conocer parte de sus obras y, con el paso del tiempo, incluso conseguir publicar el volumen completo; pero, sobre todo, fue la ocasión de crear volúmenes de cuidadas publicaciones, con colaboraciones selectas, que han pasado a la historia.

Sus primeros textos aparecieron de la mano de los intelectuales conocidos como «Generación del 27», tales como *Manantial* (1928). Más tarde participó en otras de transición cultural como *Azor* (1932-1934), o neutrales como *Los cuatro vientos* (1933), mientras avanzaban los elementos desencadenantes de la guerra; sin abandonar proyectos de tono cultural como *Hoja literaria* (1933).

Antes del estallido de la guerra también aportó textos en publicaciones periódicas de compromiso político como *Nueva España* (1930) o *Diablo mundo* (1934). Y antes de partir de España, en revistas republicanas, durante la Guerra Civil Española, como *El Mono Azul* (1936-1939) y *Hora de España* (1937-1938).

Esta brillante trayectoria fue continuada durante sus diferentes exilios. Participó en revistas mexicanas como *Las Españas* (1946-1956), en cubanas como *La Verónica* (1942), en la puertorriqueña *Asomante* (1945-1970), en la italiana *Botteghe Oscure* (1948-1960), la francesa *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* (1953-1963), etc.

Estado de la cuestión

Investigar sobre las aportaciones de la filósofa durante su extenso exilio es una labor difícil. Para realizar un estudio completo nos encontraríamos numerosos problemas, tales como la mala conservación de este tipo de prensa, la dispersión de los fondos, leyes que impiden su reproducción y préstamo por ser patrimonio bibliográfico, etc. Esto lo convierte en una línea de investigación casi inexplorada, especialmente la etapa que comprende su exilio hispanoamericano, entre 1939 y 1953. Fue uno de sus ciclos más prolíficos y sustanciales, en el que pudo de una forma más o menos holgada crear al ritmo deseado, sin la necesidad imperiosa de publicar para sobrevivir, como le ocurrió en sus años italianos.

No obstante hallamos algunas antologías de textos de la veleña como la de Concha Fernández Martorell bajo el título *María Zambrano. Entre la razón, la poesía y el exilio*¹; o *La razón en la sombra. Antología del Pensamiento de María Zambrano*, editada por Jesús Moreno Sanz.² Y, asimismo, encontramos diversos artículos que versan sobre el concepto de la malagueña del destierro, como «Vencidos que no han muerto: los exilios de María Zambrano» de Francisco Javier Ortega Allué³; o «María Zambrano: vía exílica y el camino de la democracia» de Tatjana Gajic⁴ entre otros.

A pesar de ello, hay mucho camino por delante dado que estos estudios ofrecen una visión parcial de su exilio, textos reunidos que no nos introducen en la historia de las revistas a las que pertenecían y a la relación de la malagueña con ellas. Por esa razón, con el deseo de trabajar en esta línea, de aportar un breve texto en el largo trabajo que queda por descubrir, en esta ocasión nos detendremos en el estudio de un caso concreto porque encierra varios detalles curiosos.

1. Sevilla, ed. Montesinos, 2004.

2. Madrid, Fundación María Zambrano, Ed. Siruela, 1993.

3. *El exilio literario español de 1939: actas del Primer Congreso Internacional (Bellaterra, 27 de noviembre-1 de diciembre de 1995)*, Bellaterra, col. Serpa Pinto, vol. I, GEXEL, ed. Manuel Aznar Soler, 1998, pp. 437-445.

4. *El exilio literario de 1939: actas del Congreso Internacional*, La Rioja, GEXEL, Asociació d'Idees, ed. Mª Teresa González de Garay Fernández y Juan Aguilera Sastre, 1999, pp. 75-83.

Rueca (1941-1952)

Esta publicación destacaba, a priori, por aparecer bajo el auspicio de un grupo femenino en uno de los momentos más brillantes de la industria de las revistas. Se trababa, esencialmente, de un conjunto de estudiantes de la Universidad de México, que tenían como objetivo promocionar los escritos femeninos que no tenían cabida en las principales publicaciones del país.⁵

La dirección de una revista por parte de un colectivo tal carácter era muy novedoso en México, razón por la que obtuvo numerosas críticas. Hay que tener en cuenta que, hasta ese momento, solo una mujer participaba como colaboradora en revistas literarias, María Enriqueta Camarillo de Pereyra. Había otras en este sector, incluso revistas dedicadas a ellas, pero su contenido continuaba la estela de las publicaciones divulgativas creadas para mujeres de siglos anteriores. Por tanto, *Rueca* marcó un nuevo rumbo, que siguieron otras publicaciones como *El Rehilete* (1961-1971), y abrió paso a revistas de corte feminista.⁶

Nació, esencialmente, para paliar la ausencia de firmas femeninas en los consejos redactores. Las editoras: amigas, hermanas, novias... de los componentes del equipo directivo de revistas de gran calibre como *Tierra Nueva* veían que sus escritos podían aparecer como colaboraciones, pero no se les permitía obtener un puesto con más trascendencia. Esta situación les empujó a crear una revista para ellas, para todas las mujeres, donde se pudiera resaltar la valía de la escritura femenina sin caer en tópicos o en tendencias feministas. Pero su objetivo iba más allá, no pretendían que fuera una revista para un sexo determinado, deseaban llevar a cabo un proyecto plural, de gran envergadura, pero liderado por un colectivo femenino, para demostrar que eran capaces de dirigir con seriedad grandes empresas.⁷

La idea de crear la revista surgió al finalizar una de las clases que compartían Emma Saro, que era dueña de una imprenta, y Carmen Toscano. Saro propuso crear una publicación y, para ello, regalaba la tirada del primer número. Ambas, dispuestas a luchar por su propósito, convocaron una junta para unir a más mujeres en pro de esta idea, pero ninguna de las asistentes decidió colaborar. Entonces uno de sus maestros, el escritor Julio Torri, les indicó el nombre de dos mujeres que seguro estarían dispuestas a participar: María Ramona Rey y Pina Juárez Frausto. A estas se les añadió fugazmente Emma Sánchez Montealvo y, finalmente, fue invitada a colaborar la española exiliada Ernestina de Champourcin.⁸

Desde entonces, la dirección de *Rueca* fue desempeñada por estas mujeres junto a otras muchas a lo largo de la historia de la publicación. En el número inicial aparecieron como fundadoras: Toscano, Rey, Juárez Frausto, Champourcín, Sánchez Montealvo y Saro. Se unieron, en el segundo número, María del Carmen Millán y en el sexto, Laura Elena Alemán. Ellas formarían el grupo principal de la revista, que llevó a cabo diecisésis de sus veinte números.

Con el paso del tiempo muchas de ellas se casaron, fueron madres... Es decir, abandonaron su carrera intelectual, provocando la entrada y salida de diversas componentes del consejo editorial y el declive de la revista.⁹

En la nómina que conformaba la redacción de la revista destacaba el nombre de Ernestina de Champourcin. No solo fue una de las mujeres transgresoras que

5. Urrutia, Elena, «*Rueca*: una revista literaria femenina», *Nueve escritoras mexicanas nacidas en la primera mitad de siglo y una revista*, México, El Colegio de México, Instituto Nacional de las Mujeres, ed. Elena Urrutia, 2006, p. 367.

6. *Ibid*, pp. 368-369.

7. *Ibid*, pp. 370-371, 374.

8. Toscano, Carmen, «Presentación», *Rueca*, México, Col. Revistas Literarias Mexicanas Modernas dir. por José Luis Martínez, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 8.

9. *Ibid*, p. 8. Urrutia, Elena, «*Rueca*: una revista literaria femenina», art. cit., pp. 372-373.

decidió participar en este proyecto, de las pocas que colaboraban en la revista siendo casada, sino que además no era mexicana. Ernestina era española, exiliada tras la Guerra Civil, ante todo poetisa y conocida sobre todo por ser la esposa del escritor español también exiliado Juan José Doménech. A través de su inclusión vemos como esta mujer madura supo hacerse un lugar en el mundo intelectual mexicano, que no solo era difícil para la mujer, sino más aún para la exiliada.

En cuanto a la revista en sí, su título fue sugerido por el consejo del ilustre Alfonso Reyes, quien dio nombre a otras muchas publicaciones, como la sempterna *Cuadernos Americanos*. Con este objeto, claramente femenino, el público lector la distinguiría de las demás y conseguiría, asimismo, dotar de un tono satírico a una publicación que deseaba apartarse de todo aquello que habían significado las ediciones dedicadas a la mujer en anteriores etapas. La inspiración le llegó mientras escribía plácidamente en su hogar, observando todo lo que había a su alrededor. Parece ser que cuando su esposa limpió una figurita con forma de rueca, pensó que este nombre sería idóneo para la revista que ellas deseaban llevar a cabo.¹⁰

En sus portadas el motivo principal era el paso del tiempo, mostrado por las estaciones del año de la mano de artistas como Julio Prieto, Raúl Anguiano, Nicolás Moreno o Leopoldo Méndez. Las contraportadas, por el contrario, llevaban siempre una rueca, el objeto que las identificaba. Su tamaño era tetrangular y su duración cuatrimestral, de ahí el motivo de las portadas. Fue regular, menos en una ocasión, a lo largo de sus once años y veinte números.¹¹

Respecto a las aportaciones, las editoras incluyeron sus textos de igual modo que los de otros colaboradores. No deseaban liderar la publicación con escritos propios, con editoriales donde se proclamaran sus ideales, etc. En algunos casos, en su afán por no destacar demasiado, se incluían los textos sin firmar, acompañados por las iniciales de las autoras solamente, etc.¹² Junto a ellas, observamos que en sus índices aparecieron mucho más que numerosas mujeres. Se debía a que las directoras de *Rueca* desearon dar cabida en sus páginas a firmas femeninas y masculinas de diversas nacionalidades, entre las que sobresalieron los nombres de Virginia Woolf, Paul Valéry, Walt Whitman, André Gide, Luis Cernuda, Azorín, Rosa Chacel, Juan Ramón Jiménez, Carmen Conde, D. H. Lawrence, Gabriela Mistral, Edgar Allan Poe, Victoria Ocampo, etc.¹³

Sus páginas albergaron principalmente textos literarios, pero también abarcaron un importante lugar las reseñas y reproducciones artísticas, de mexicanas como Olga Costa, María Izquierdo y Frida Kahlo, junto a obras de pintores de diferentes épocas y nacionalidades, tales como Raúl Anguiano, Ignacio Asúnsolo, Pablo O'Higgins, Diego Rivera, Francisco Zurbarán, etc.¹⁴

Rueca fue una revista muy ambiciosa, de una considerable extensión y firmas de gran calibre, pero no se conformó con ello, deseó dar un paso más. Sus directoras crearon dos números dedicados a otras literaturas, la inglesa y la francesa, con el deseo de fomentar las relaciones, así como un premio a la mejor obra publicada en México, para favorecer su difusión, que tuvo tres convocatorias.¹⁵

Además, estaba unido a un servicio editorial creado por ellas mismas, donde publicaban obras de personalidades afines al grupo como Concha Méndez,

10. *Ibid*, p. 367. Toscano, Carmen, «Presentación», *Rueca*, op. cit., p. 8.

11. Urrutia, Elena, «*Rueca*: una revista literaria femenina», art. cit., p. 367.

12. *Ibid*, p. 374.

13. *Ibid*, p. 373.

14. *Ibid*, p. 376.

15. *Ibid*, pp. 374-375.

también española exiliada, de Laura Elena Alemán, de Marisa Romero, etc.

Sus libros, que tuvieron desgraciadamente un escaso éxito, eran sufragados por las diversas suscripciones que tenían, anuncios, etc. Y, debido a esta precaria situación, eran elaborados con papel sobrante que les regalaba la Universidad Autónoma de México.¹⁶

Españolas en Rueca (1941-1952)

Al repasar el comité de redacción de la revista aparecieron muchos nombres que nos llevaban al círculo amistoso de María Zambrano, donde destacaron figuras masculinas como el malagueño Francisco Giner de los Ríos o Juan Ramón Jiménez, profusos colaboradores de *Rueca*. Al tratarse de una revista de dirección femenina, una colaboración de temática femenina y una participación motivada por la invitación de una colaboradora, nos detendremos en la participación de las mujeres, en las del exilio español.

Podría decirse que la española halló su lugar en esta revista, pues encontramos muchas intelectuales destacadas, número que solo ostentan las primeras publicaciones creadas por exiliados españoles y en las primeras etapas de creación. Conozcamos a las más sobresalientes a través de unas pinceladas autobiográficas:

Ernestina de Champourcin, poetisa de origen vasco, discípula de Juan Ramón Jiménez que desarrolló su obra literaria junto a los poetas de la llamada «Generación del 27». Se acercó a la ideología liberal desde muy joven, cuando asistía al Lyceum Club, postura que se afianzó tras conocer a su futuro esposo, el poeta Juan José Domenchina, secretario de Manuel Azaña. Se exilió en México hasta la década de 1970, cuando regresó a Madrid, donde se estableció hasta su muerte. Fue la española que más colaboró en la revista al formar parte de su consejo redactor. Participó en ella en diecinueve ocasiones con textos poéticos, traducciones y, principalmente, con reseñas de libros ligados a españoles, tales como Juan Ramón Jiménez o Paulino Masip.

La poetisa Carmen Conde no se exilió, permaneció en España durante todo el franquismo, escondida en los primeros años con su esposo, Antonio Oliver Belmás, que eran de ideología republicana; formó parte de la Asociación de Mujeres Antifascistas, etc. Se salvaron gracias a que él poseía familia cercana al Régimen. Se codeó con varios componentes de la conocida como «Generación del 27», fundó con su esposo la Universidad Popular de Cartagena, trabajó en el Departamento de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, como profesora de Poesía Actual Española en el Instituto de Estudios Europeos de Madrid, obtuvo la Cátedra «Mediterráneo» de la Universidad de Valencia en Alicante, etc. Desempeñó numerosos e importantes puestos mientras continuaba con su labor literaria, actuaciones que le llevaron a ser la primera mujer española que obtuvo un sillón dentro de la Real Academia Española de la Lengua. Aportó cuatro textos a la revista *Rueca*, tres de ellos dedicados a escritores españoles universales, precedidos por el subtítulo «Cuando los poetas hablan a Dios», y un amplio artículo que reunía a las voces femeninas españolas del momento.

María Enciso, escritora almeriense que experimentó diversos exilios y desarrolló su carrera fuera de España. Escribió cuatro poemarios y numerosos artículos

¹⁶. *Ibid*, pp. 375-376.

en revistas, bajo pseudónimo principalmente. Aportó tres poemas, reunidos en una sola aportación, para la revista, quizá porque al iniciarse la revista no había llegado aún a México y que, durante el desarrollo de esta falleciera.

La poetisa Clemencia Laborda, de origen leridano, posee una amplia pero desconocida carrera literaria, compuesta por numerosos poemarios de influencia juanramoniana, lorquiana y machadiana. Apareció en una sola ocasión en *Rueca*, con un fragmento de un poema, incluido en un artículo de Carmen Conde dedicado a la poesía femenina española del momento.

La barcelonesa Susana March fue una prolífica y temprana escritora, casada con el novelista Ricardo Fernández de la Reguera. Durante la postguerra subsistieron gracias al éxito de la publicación de sus novelas rosa. Destacó en sus inicios por su labor poética, que relegó cuando decidió crear conjuntamente con su esposo la serie novelesca *Episodios Nacionales Contemporáneos*, que le apartaría no solo de la lírica, sino también de la colaboración en revistas, periódicos... de la esfera pública en general. Como Clemencia Laborda, su aparición en *Rueca* fue propiciada gracias a Carmen Conde y a su artículo sobre poesía femenina española.

Concha Méndez, poetisa madrileña destacada, participó en la sociedad de la época de forma activa. Se casó con el poeta Manuel Altolaguirre y colaboró con él en sus múltiples empresas. Participó en dos ocasiones, con textos poéticos. A pesar de ello su actuación fue mayor dado que publicó su poemario *Villancicos* en el servicio editorial creado por *Rueca*.

La poetisa Trina Mercader ha tenido una escasa difusión de su obra, inserta en la poesía española de los cuarenta. Apenas apareció en una antología poética publicada en la década de 1990 y en otra recogida en los años 50 por Carmen Conde, gracias a quien aparece en esta revista, junto a otras poetisas españolas.

Mada Ontañón, es decir, Magdalena Martínez Rodríguez Carreño, también conocida como Mada Carreño, formaba parte de una familia liberal y republicana. Era escritora, como su esposo, Eduardo de Ontañón, de quien adoptó el apellido. Su carrera literaria la inició en España y, gracias a ella, colaboró durante la guerra. Se refugió en Francia durante un tiempo tras el fin de la contienda y se exilió en el Reino Unido con su esposo poco después. Su destierro definitivo fue México, donde brilló como periodista en prestigiosas publicaciones como *Excelsior*, *Revista de Revistas*, *Diálogos*, etc.; dirigió durante treinta años el certamen literario «Magda Donato»; fundó junto a su esposo y el mexicano Joaquín Ramírez *Ediciones Xóchilt*, de las primeras fundadas por los exiliados, etc.

En *Rueca* colaboró en cuatro ocasiones, con dos textos poéticos, dos ensayos y una traducción, un número de colaboraciones considerable teniendo en cuenta que desempeñaba otras muchas labores y aportaba escritos a otras publicaciones.

María de la Ascensión Chirivella Marín, junto a Clara Campoamor, Victoria Kent o Matilde Huici fue de las pioneras en estudiar y desempeñar su labor como jurista en España. Era de ideología republicana y estuvo casada con Álvaro Pascual-Leone, diputado por el partido radical. Participó en una sola ocasión en la revista, con varios fragmentos de un interesante discurso.

La poetisa Marina Romero estudió Magisterio y Filosofía y Letras en España, lo que le llevó a obtener una beca del Gobierno Español para estudiar en Smith

College (California) y un «Master of Arts». Gracias a este se estableció desde 1935 en USA, donde dio clases de Literatura Española en numerosas y prestigiosas universidades como Princeton, Rutgers, etc. Regresó a España en 1970, donde se estableció hasta su muerte, tras iniciar una breve pero fructífera actividad poética y recibir varios homenajes.

La escritora gallega Pura Vázquez pertenece a la primera generación de posguerra, aunque su andadura literaria comenzó antes de la guerra. Destaca por su *Peregrino de amor, poesía en castellano y gallego*, la primera obra editada en gallego tras la Guerra Civil. Escribió en ambas lenguas durante años, aunque tras el fin de la dictadura se decantó por su lengua materna. Su única aportación en *Rueca* está ligada a numerosos textos poéticos de otras escritoras coetáneas, no exiliadas, reunidas gracias a un artículo de Carmen Conde dedicado a la poesía femenina en España.

La colaboración de poetisa Alfonsa de la Torre, como en el caso anterior, forma parte del conjunto de textos reunidos por Conde, con quien tenía una estrecha amistad. La segoviana se aproximó al mundo literario tras conocer, mientras estudiaba bachillerato, a otros incipientes artistas como Dionisio Ridruejo. Su poesía, poco conocida, brillaba por su honda religiosidad, que decían que procedía de una experiencia de su niñez, cuando sufrió ceguera durante tres años, en los que recitaba versos que su madre transcribía.

Ángela Figuera Aymerich se dedicó, tras estudiar Filosofía y Letras, a la enseñanza, gracias a la que consiguió ser catedrática de Instituto en los años 30 en España. Tras la Guerra Civil se exilió y dejó la docencia para dedicarse a su familia y a la escritura, en la que destacaría desde entonces. A finales de la década de 1940 volvió a España. Mientras trabajaba en la Biblioteca Nacional se relacionaba con los grandes escritores de posguerra, tales como Blas de Otero y Gabriel Celaya, con los que compartía la ascendencia vasca y la tendencia literaria, inserta en la poesía social. Su colaboración en la revista, como en los casos anteriores, viene de la mano de Carmen Conde y su aportación «Poesía femenina en España».

Isabel Oyarzábal de Palencia, de familia burguesa liberal, inició su labor intelectual en entornos periodísticos, aunque siempre estuvo ligada a la política. Fue de las pioneras en estudiar y ejercer la abogacía en España, presidenta de la Liga Femenina Española por la Paz y la Libertad, candidata por el partido socialista a diputada de las Cortes Constituyentes, la primera embajadora española, etc. Se exilió en México hasta el fin de sus días, donde se centró en su labor como escritora, periodista y narradora. Colaboró en una sola ocasión en la revista, en el segundo número, con un profundo texto ensayístico.

RUECA



O T O Ñ O

• MEXICO

1942 •

MUJERES DE GALDOS

TEMA quizá el más terrible y angustioso, de todo este universo galdosiano, donde la mujer como en la misma vida es algo decisivo (1). No acometamos la tarea de ponderar el papel de la mujer en la vida. No es necesario, lejos ya del debate feminista. El universo galdosiano más allá de las disputas de su época en este y en todo, tiene la fiereza de la misma realidad. Por eso espanta acercarse a él. La mujer no es la mujer creada, vista ni inventada, no es una creación artística, es sencillamente la mujer en la vida española.

Pero si hemos de notar, antes que nada, el espacio y atención que Galdos dedica a la mujer. Nuestro más genial novelista no se detuvo tanto, aparte de que su figura genial es masculina —Don Quijote es la pura masculinidad— no hay ninguna mujer real de gran talla. La máxima realidad de la mujer en el universo de Cervantes está en la ideal Dulcinea, es decir en un sueño. No es la mujer real, sino la que Don Quijote inventa, masculinismo tan extremo que por no ofrecer espacio a la mujer, al no poder prescindir de ella, la inventa. Caso que no es privativo de Don Quijote, sino de todo el idealismo amoroso de la Edad Media. Ahora sí, lo específico de Don Quijote mejor dicho de Cervantes, es que en pleno Renacimiento, cuando la mujer cobra una existencia verdadera, cuando sale de los sueños del varón y vive por cuenta propia, y la idealidad amorosa toma otro camino, Cervantes no dibuja ninguna mujer real de importancia. No nos presenta ninguna heroína. Aunque no llegase a la inmarcesible estampa del Cab-

(1) Fragmentos de una conferencia de María Zambrano, leída por Isabel de Palencia en el Centro Español.

llero. Ninguna "dama", ningún personaje femenino de importancia; es la verdad. La mujer en este novelista sin par conserva todavía un puesto genérico, sin individualidad. Son tipos, tanto más sumidos en lo genérico cuanto más altas y bellas: las mozas de mesón y las fregonas, las venteras son las que más se aproximan a lo ilustre, al privilegio ilustre de la existencia individual. Y esto, sin comentario, que yo sepa, es grave, sumamente grave y delator para la idea de lo que ha sido la mujer en la vida española. Apenas se le ha dado la individualidad; son tipos, tipos genéricos. Y la que alcanza estatura heroica casi siempre es una de estas dos cosas: reina o madre, o ambas cosas juntas.

¿Sigue siendo así en el universo galdosiano? Ya ha pasado no solamente el Renacimiento, sino algo que ha llevado hasta el extremo la individualidad de la mujer —y hasta el delirio la del varón— el Romanticismo. Cuando nuestro Galdós levanta su edificio gigantesco, la mujer ha alcanzado la existencia individual. Ya la delicada vida europea estaba llena de "mujeres". Antes del Romanticismo, en el siglo diez y ocho, el prodigo sucede y es una de las novedades embriagadoras de esta vida maravillosa que nace. La mujer ha bajado a este mundo, existe de veras y en ella el hombre la encuentra con realidad propia: una antagonista real librada de la cárcel de sus sueños. A la mujer idea, fantasma, engendro poético, han sucedido *las mujeres*. Ha habido una vanguardia heroica y arriesgada: es la audaz Cristina, la de Suecia, son las estoicas cortesanas francesas, tan llenas de "sagesse" en su "fleie". Pronto habrá escritoras, pintoras, y esas otras que desde su salón ejercían el más delicado de los ministerios, el más delicado y el más sutil, esa suave ligazón social, agente de unidad en la vida tumultosa que surgía.

Galdós es el primer escritor español que introduce valientemente las mujeres en su mundo. Las mujeres, múltiples y diversas, las mujeres reales y distintas, "ontológicamente"

iguales al varón. Y esa es la novedad, esa la deslumbrante conquista. Existe como el hombre, tiene el mismo género de realidad; es lo decisivo. Es lo primero que teníamos que ver.

Galdós surge después del ausente Romanticismo, pero sin embargo ha heredado algo positivo de él: la posibilidad de hacer historias de mujeres. Es más, ha heredado el pluralismo romántico, la multiplicidad de un mundo cuya unidad última va a residir dentro de cada alma individual cuya historia es perseguida precisamente por eso. Disgregada y perdida la unidad del orbe medieval, la unidad va a residir en el moderno en cada individuo, la sociedad y la cultura será el conjunto resultante de estas unidades individuales. Multiplicidad resultante en vez de unidad previa. Al menos esto es lo que se cree y se quiere al mismo tiempo.

El mundo de Galdós es pues, *mundo moderno*, netamente moderno, mundo cuya máxima realidad estriba en la multiplicidad de destinos individuales. La novela moderna se da toda ella sobre este supuesto: la transcripción de la realidad humana, que consiste en el tejido complejísimo de destinos individuales; la Historia es la suma de las historias. Por eso el novelista adquiere ese rango extraordinario por encima casi del historiador, pues la historia que el historiador hace es "grosso modo" producto de empobrecedora abstracción, donde sólo ciertos individuos y ciertas acciones de esos individuos, cobran relieve, cuando ellas consisten en verdad en los seres anónimos todos diferentes, cuyas horas diferentes también en cada uno de sus instantes constituye la realidad más real, que sólo el arte puede pretender aceptar.

Galdós se mueve también en esa creencia. Se siente su entusiasmo por la diversidad de sus personajes, se le siente enamorado de sus más nimias particularidades, moroso de ellas. Con los personajes femeninos la lleva al extremo; este genio de la indiferencia se complace en la adoración de cada una de estas mujeres cuya historia implacablemente trascr-

be, cuyas desventuras con crueldad de creador irresponsable cuenta. Y esto se lo debe al romanticismo. Y así tenemos que Galdós como heredero del Romanticismo va a escribir historia de mujeres que no son románticas, va a transcribir y eso se lo debemos a su inmensa honradez, el mundo español, reacio, obstinadamente esquivo a lo romántico.

Este mundo de la novela galdosiana no es de novela, sino de tragedia, de la tragedia de la individualidad. Ser individuo, asumiendo en este oscuro y estrecho recinto que es cada hombre la realidad, toda la realidad, resulta siempre trágico. Las criaturas de otros mundos menos trágicos que el español, muestran en algunas vidas de mujeres cómo hay un hueco preparado para ellas. Sin ser tan hijas como las españolas, viven filialmente, porque hay una sociedad que acoge y perdona sus desvaríos, que tiene, como las madres, una sonrisa tras el ceño adusto. No hay tragedia porque hay como un pacto entre el protagonista y la sociedad. Mas en España todo conato de existencia individual resulta trágico.

Y si esta tragedia de ser individuo es terrible en el hombre, en la mujer alcanza extremos peores. La mujer es vestal de todo lo genérico, sacerdotisa de aquella realidad radical sobre la que se levanta cualquier idolatría individualista. Este afán toma caracteres de traición sagrada. La individualidad parece ser producto de una rebeldía. Es prometéica en su origen, y la mujer ha sido criatura de esclavitud. La plenitud de su ser la ha alcanzado cuando ha sabido decir "he aquí la esclava" . . . Las criaturas de este mundo galdosiano siguen esta ley: pasan como vilanos, sin peso ni trasparencia las mujeres hijas de una rebeldía, mientras las otras, las "criadas" adquieren estatura gigantesca, realidad casi divina.

Pero todavía hay más: Galdós no sabemos por qué motivo, tal vez por cortedad de vista o por avaricia creadora, ha-

ce depender el ansia de existir de estas malogradas criaturas de una pasión sin rango alguno. Si ellas confunden su pasión con su ser mismo, el novelista-padre baja el rango de pasión cuando puede. Y así estas desvalidas criaturas quedan sin defensa, emparedadas. No se les ha permitido nacer; con tanto realismo descriptivo no han pasado de larvas. Pero veámoslas más cerca. Son "las desheredadas".

Isidora es uno de los más trágicos personajes de Galdós; está en la línea de los masculinos, a fuerza de tragedia: en la línea de Angel Guerra, de León Roch. Más trágica aún que el protagonista de "Lo Prohibido", y más cerca del Caballero Ponte de Ronda de "Misericordia", cerca con la intensidad de Fortunata, cuyo polo opuesto es en lo demás.

La grandeza de Isidora, "la marquesa", estriba ante todo en su fuerza trágica que la equipara a los varones más destacados. Casi un hombre a fuerza de su fracaso, pues parece cosa de hombres bajar tan lúcidamente a tan hondos abismos como si el suicidio de esta especie fuese propio de varón. De ser algo Isidora de Aransis es el suicidio puro, el suicidio lúcido, consciente, querido. Poco importa su amor al lujo, su loca pasión por los trapos y cachivaches. Poco importan sus amantes, y aun su amor por Joaquín Pez, poco importa. Lo que de ella queda es ese ponerse frente al mundo, la furia que le lleva a desafiar a todos y todo. Adquirida desde su niñez la creencia de que su razón de ser era la "herencia" identifica su ser con el nombre inscrito en la nobleza. No cede ni un ápice, no pacta, no huye de toda diplomacia, de todo ser a medias. O ella no existe o existe como Isidora de Aransis. Y cuando las pruebas legales, el infortunio y la miseria, la cercan, tampoco cede, pues al firmar la renuncia a su herencia firma su renuncia a la vida. Si sigue viviendo es para mejor desviarse, para vengarse de lo que quiso ser y del mundo, para arrastrar en la ignominia su nobleza que era su ser. Sigue viviendo para mejor suicidarse. No; no hay figura que la iguale en tra-

gedia. Ni los hombres: Angel Guerra, León Roch, Bueno de Guzmán, son víctimas, tienen mucho de pasivo, se han dejado arrastrar. Isidora se arrastra, es activa siempre. Activa como Fortunata, como Eloísa, como Benigna, como su tía la Sanguijuelera de la misma estirpe de Benigna. ¿Es que la máxima actividad estará acaso en las mujeres? No hay figura varonil dentro del universo galdosiano que llegue a esta suprema actividad y decisión. Los protagonistas son criaturas pasivas, o con un íntimo resorte fallido o muerto. ¿En la tragedia española la voz cantante la habrá llevado siempre la mujer?

Nadie que se arrojase al abismo como Isidora, nadie que persista en su locura como Eloísa, nadie que luche por la enajenada herencia como todas ellas... ¡como luchan por sus trapos, por sus gasas y sombrillas, por sus sombreros llenos de lazos y de flores!... ¿Y por qué, por qué, Don Benito genial no pusiste entre los dedos de estas indómitas mujeres, otra cosa que "moares" batistas y flores de trapo? ¿O es que acaso nos quisiste decir en tu enigmática manera que tales mujeres convierten en trapo todo lo que tocan?

¡Qué amargo!, y qué imposible resulta no gemir. Tanta indómita energía no encontró otro cauce, ¿las cercó la sociedad, las encerró acaso el varón el terrible celtíbero en este asfixiante mundo de cachivaches? ¿Por qué, los hombres, *el hombre* no las interesa? Su delirio no es delirio amoroso. ¿Hay acaso alguna mujer enamorada? ¿Existe alguna Heloísa, alguna Sor Mariana, alguna Margarita Gautier al menos? Las vemos jugar con el hombre de sus amores, distraerse de él entre trapos y cachivaches, en una cacharrería insopportable, que no resiste ser mirada, porque ni tiene belleza ni esa intimidad de los objetos auténticos capaces de dar compañía: el barro, la madera sobriamente trabajada, el papel sin disfraz, tienen poros que acogen la radiación de un alma. No, esos cacharros de tienda, esas cerámicas de imitación, esos "cuasi", aislan, crean una atmósfera de artificios, aisladora de las personas entre sí, y a quien con ellas vive de sí misma. Galdós parece saberlo y nos

presenta a estas criaturas entre cacharros de tal género, como si estuviesen enredadas en plantas reptantes, maléficas lianas que si permiten la ilusión de mantenerse a flote es porque ocultan la faz del cenegoso abismo. Símbolo del equívoco, de lo falso, cenizas y raspaduras del arte creador mantienen aprisionadas a quienes todo lo entregan por compararlas. Y hasta el amor al hombre elegido perece en tan rancia atmósfera.

Y es que en realidad ninguna de estas mujeres se ha enamorado. Todo lo que Galdós sabe contarnos de su presunto amor, son ciertos rasgos de generosidad pecuniaria, ciertas formas de orgulloso perdón... Pero eso sin más, no es amor. Bien puede ser terquedad, obstinación... algo en fin que ellas hacen por afirmarse y esclarecer su amenazada silueta.

No se enamoran, no podrían. Todas, hasta las más ramplonas, están enamoradas de otra cosa que no es el hombre de carne y hueso ni tampoco fantasma. Porque están enamoradas de su herencia, de su pasado perdido. Su amor es recuperarlo, recobrar lo que es su ser verdadero. Los lujos en que se arruinan son nada más que pretextos en que arruinarse; símbolos de su grandeza, molinos de viento de un gigante que es un perdido nombre. Porque ellas no pueden ser como los demás, vivir como los demás, "como los otros". Para estas criaturas todo el mundo es "los otros"; los unidos en su vulgaridad frente a la singular grandeza que las distingue. Todas luchan por su distinción, por su nobleza, princesas de extinguida dinastía, Emperatrices de Hungría, víctimas en fin de la historia, de la historia novelera.

Criaturas de tragedia por llevar delante de sí, un personaje más fuerte que su vida, más real que todas sus alegrías y pesares. Noveleras, urdiendo sin cesar la trama de su vida, sacando de su propia entraña el personaje que las guía en su marcha. En verdad, cachivaches y trapos aparte, ¿no queda en ellas un rastro de la grandeza de Don Quijote? Green en su personaje más que en nada y no vacilan. Pero sus entrañas se han secado en la figuración y ninguna —así parece— lleva en

su seno lo que Don Quijote, un Alonso Quijano el Bueno, ni claro está su personaje es el inmortal caballero. Seres de corrióna substancia, parecen como los últimos espejismos de un ayer fantasmal, de una España con Virreinatos y Adelantados, de la España del Gran Capitán y sus tesoros, del Duque de Osuna el grande, convertida en farsa, imagen sin bulto en vuelta en trapo de guardarropía. Don Benito parecía burlarse del delirio histórico que pudiera acometernos, de la criatura de nuestra grandeza convertida en fantoche; parecía advertirnos de que los trapos y las figuraciones pueden traicionar a ese mismo ayer que caracterizan y cuya continuidad verdadera mana en otra parte. Son la criatura de nuestras glorias, su eco burlesco en un laberinto de locura. Seres sin entrañas, rígidos como advertencias fatídicas, como fúnebres espantapájaros.

Pero en el mundo galdosiano hay algo vivo, algo que es vehículo de continuidad, de pervivencia de un pasado que corroe esta parte, y es en primer lugar lo anónimo, la gleba.

Es esa gleba de Toledo, de la provincia de Madrid y de Ávila la de Burgos, es la Alcarria y Aragón, es sobre todo esa Palestina de España que es la Mancha. Son nombres de linajes que se confunden apagados a la tierra, tan hijos suyos como los garbanzales y viñedos, como los trigales. Son los vecinos, los honrados vecinos de Vavalgamella y el Tomelloso, son... los pobladores de España.

Es la gleba que roturó los campos y llama suyas las naves, y el carrascal y la vega cabe el río. Ha dejado salir de sí algunas criaturas singulares, personajes de este mundo novelero, que no son trágicos ni de novela, que son de verdad. Hay uno, el de mayor estatura heroica, intermediario; Fortunata, Fortunata que vive también en delirio, que es delirio de maternidad.

Porque Fortunata camina también detrás de su personaje; tiene "una idea entre sí", y esa es la diferencia; es una

idea dentro de sí que no se ha desprendido de sus entrañas, son sus entrañas mismas en un delirio de maternidad.

Hambre de maternidad que acabará devorándola. Para ella el hombre es poca cosa, "su hombre" en realidad no es sino el hombre de quien engendrar, el padre de sus hijos, el Adán de esta Eva furiosa. Hambre de maternidad propia de mujer de quien depende la continuidad de la creación; sangre inocente apenas obscurecida por la mancha del pecado original; clara sangre que pide perpetuarse. Sangre clara que no teme a la luz, pronta a derramarse, ávida de ser transfundida a otros seres, como si el cuerpo que vivifica no le bastara. Alientos de vida necesita cuerpos, formas a las que sostener. Fortunata al morir exclama "me voy en sangre". Y no sabe si es queja o la inmensa gloria de su destino cumplido. Tenía que irse en sangre la que sólo sangre purísima era.

Fortunata es "hija del pueblo de Madrid". Nacida en la corte es hija del granito del Guadarrama y de su pura luz, tiene la misma fragancia del tomillo y el cantueso, la simple belleza de la jara inmaculada que florece bajo la escarcha. Cortesana de nacimiento y casi de oficio —si le tuviera— es mujer de páramo carpetovetónico, y su belleza cordial y fragante como la malva nacida en el resquicio de la alta peña. Es la pureza de sangre originaria, el origen clarísimo de un pueblo, su substancia primera. Eva apenas corrompida, que lava en su fecundidad la sombra de su pecado. Podría ser la madre de todo un pueblo, esa mujer que está situada al comienzo de toda cultura; la loba sin hiel que pare ciudades y aún mundos.

Fortunata tiene su personaje, "su idea", ideal que ha logrado apresar pues que ha alcanzado esa perfección de las perfectas vidas humanas, en que la multiplicidad del individuo se ha fundido en identidad con su idea. Fortunata es idéntica a su idea, la que llevaba "entre sí", entre sí y no fuera. Cuando nuestra idea camina fuera de nosotros tenemos que decir: "Yo soy otro". Sólo llevándola entrañas adentro llegaremos a ser nuestra idea en viva unidad.

Más abajo hay alguien más, alguien muy pobre que no

tiene ni idea. Es una criada llegada de la Alcarria, sin memoria de ayer, sin nombre apenas. Benigna de Casi, "Nina" la de "Misericordia". Vive de milagro, más que trabajadora es tauromurga. En sus humildísimos menesteres, ha alcanzado la creación, pues saca de la nada lo que su ama, pobre señora, necesita no sólo para sustentarse sino para el mantenimiento de su dignidad de desheredada que va a heredar, de "cesante" de la herencia.

Nina pide limosna con la naturalidad de quien piensa que el pedir y el dar es la ley del mundo, de quien no cree en la justicia sino en la Misericordia. Nada ante sus ojos es cosa, aun los billetes de banco son de Dios... todo es producto de la creación divina, y el mundo entero con sus amarguras y trampas. Nuestra vida, con su diaria brega, es bendición de sus manos. El universo entero para esa mujer analfabeta está impreso de huellas de la divina creación. Por eso la verdad y la mentira no las sabemos y todo puede esperarse porque todo puede ocurrir. "Las verdades han sido antes mentiras muy gordas".... La realidad es creación, zarza ardiente que no se acaba, fuego sin ceniza, resurrección.

Entre ella y su rendido caballero Mordejar componen la más extraña pareja. Don Benito al fin dejó un portillo abierto en los muros de la tragedia para esta agua de manantial. Extraña pareja que lleva en su ignorancia las dos religiones salvadoras de España, sus dos fés, —si es que son dos— vivificantes: la poesía y el cristianismo sin tragedia de la creación y la misericordia. Los dos peregrinos pasajeros se ayudaron en sus fatigas, apuntalan una de la otra su miseria y juntos *contemplan*, allá por los vertederos de la fábrica de gas, entre los escombros urbanos. Contemplan... Se han hundido los muros y ha aparecido al fin una perspectiva en este mundo hermético. Poesía y Religión, es decir, Mística, mística activa y contemplativa. Si Mordejar reproduce la mística poética de un "sufi" del Andaluz medieval, Nina en su actividad y juicio infalible, reproduce la mística realista castellana, la vida con-

templativa y activa popular, la de los hombres sentados frente a una pared de cal que miran y miran. La mística les ha enseñado esta función última de la cultura, saben mirar lo que sea: pared pelada o abierto horizonte. Y al mirar, sentirse libre, libre y entero, como la luz increada de ese cielo purísimo que se alza sobre nuestros pueblos.

Maria ZAMBRANO

Colaboración de Zambrano en Rueca: «Mujeres de Galdós»

Palencia colaboró en una sola ocasión, pero sabemos que hizo mucho más. Gracias a ella y a una carta fechada en enero de 1942 que forma parte de los fondos de la Fundación María Zambrano, sabemos que invitó a la filósofa a escribir un texto sobre las mujeres en la obra de Galdós. No solo fue publicado en esta revista, sino también leído por ella en el ciclo de conferencias galdosiano al que le invitaba a participar. Quizá Palencia ya había leído el texto sobre *Misericordia*¹⁷ y el artículo «La reforma del entendimiento español»¹⁸ que había escrito Zambrano durante la Guerra Civil Española y por eso le invitaba a escribir sobre las mujeres de Galdós; quizás al tratarse de la veleña, que ya había escrito textos sobre la mujer en otra época literaria, como era el romanticismo, podría ahora llevar a cabo un excelente trabajo con la obra galdosiana. Sea como fuere, después de este trabajo vinieron otros muchos que, al final, fueron revisados y reunidos por la filósofa.

Esta colaboración, la única de Zambrano en *Rueca*, dentro del cuarto número, publicado en otoño de 1942, según los datos que poseemos, hasta el momento no ha sido recogida en ninguna de sus obras, aunque fue reeditado en 1943 bajo el título «La mujer en la España de Galdós» para ver la luz en otra publicación.¹⁹ Casi una década después Zambrano retomó el tema de las mujeres en Galdós en la famosísima revista *Ínsula*, para hablar sobre el personaje Nina,²⁰ y en la década de 1980 escribió varios textos dedicados al novelista canario en el suplemento *Culturas* del *Diario 16*, centrados en Tristana.²¹ Y, claro está, muchos de ellos, con variantes, dieron lugar a la obra *La España de Galdós*.

Estos textos y en general la obra dedicada ha recibido una valiosa atención por parte de la crítica. Destacaremos, especialmente, el estudio sobre Tristana de Sánchez-Gey Venegas,²² donde este personaje al igual que Galdós y Zambrano, vivía en una incesante búsqueda de libertad, más allá del amor y las convenciones sociales, aunque finalmente el destino trágico de la vida le llevó a asumir su lugar en el mundo y cuál era el orden natural de las cosas.

Asimismo, sobresale el estudio de José Luis Mora García²³ en el que analiza diferentes lugares comunes entre Zambrano y Galdós, entre los que destacamos en relación al tema que aquí nos ocupa su preocupación por España, que le llevó a leer y releer al canario durante toda su vida; y, especialmente a valorar su novela, sus protagonistas, como fieles muestras de una sociedad donde la mujer, como protagonista, no había tenido cabida ni en la ficción. Así, entre la narración y la historia, construyó un sinfín de personajes principales femeninos llenos de una verdad necesaria.

Y, recientemente, el trabajo de Assunta Polizzi,²⁴ que realiza un repaso por toda la obra crítica de la filósofa dedicada a Galdós y concluye, de forma sencilla pero exacta, en que la atracción que la veleña sentía por estos personajes venía de la mano de la maestría de su construcción, ficcionales y a la vez tan fieles a la realidad, una realidad femenina que no había sido plasmada con anterioridad.

En su aportación en *Rueca* comenzó con su tesis inicial, con unas palabras contundentes que bien resumía su opinión de la obra galdosiana: «La mujer no es la mujer creada, ni vista ni inventada, no es una creación artística, es sencillamente la mujer en la vida española.» (P. 7). Entonces realizó un breve repaso por

17. «Misericordia», *Hora de España*, Valencia, V.XXI (septiembre de 1938), pp. 29-52. Fue posteriormente incluido en otras obras, como *Los intelectuales en el drama de España* o *Senderos antes de aparecer definitivamente en La España de Galdós*.

18. *Hora de España*, Valencia, nº IX, septiembre, 1937, pp. 100-116.

19. *Revista Cubana*, La Habana, Cuba, 18 (enero-marzo de 1943), pp. 74-97.

20. «Nina o la misericordia», *Ínsula*, Madrid, XIV.151 (junio de 1959).

21. «Un don del océano: Benito Pérez Galdós», *Diario 16. Culturas*, Suplemento Semanal, Madrid, 22 de junio de 1986; «Tristana. El tiempo. La palabra señera (I)» *Diario 16. Culturas*, Suplemento Semanal, Madrid, 7 de mayo de 1988; «Tristana. El tiempo. La palabra señera (II)», *Diario 16. Culturas*, Suplemento Semanal, Madrid, 14 de mayo de 1988; «Tristana. El tiempo. La palabra señera (III)», *Diario 16. Culturas*, Suplemento Semanal, Madrid, 21 de mayo de 1988; «Tristana. El tiempo. La palabra señera (IV)», *Diario 16. Culturas*, Suplemento Semanal, Madrid, 28 de mayo de 1988.

22. Sánchez-Gey Venegas, Juana, «Acerca de la mujer (Tristana): la España de Galdós de Zambrano», *Actas del Quinto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Gran Canarias, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canarias, 1995, pp. 487-493.

23. Mora García, José Luis, «Un nombre de mujer: Misericordia. Galdós en la inspiración zambraniana», *María Zambrano. Raíces de la cultura española*, Madrid, Fundación Fernando Rielo, 2004, pp. 119-146.

24. Polizzi, Assunta, «Las figuras femeninas de Galdós en el pensamiento de María Zambrano», *e-Scripta Románica*, 1:10, 2024

la historia de la literatura española con el deseo de hallar un personaje femenino trascendental. Nos indicó que por más que buscaba no hallaba a ninguna mujer retratada de forma independiente. Recordemos que en aquellos años Zambrano dedicó diversos textos a la mujeres: en los años 30s había escrito sobre el papel de la mujer en la sociedad coetánea y también había analizado su presencia en diferentes épocas culturales. En esta ocasión, como primer argumento de su discurso, mencionaba a Cervantes y a su ausencia de personajes femeninos originales, palabras que fueron el germen de múltiples trabajos posteriores sobre el autor. Nos recordaba que el gran novelista español de todos los tiempos, en un momento en el que la mujer comenzaba a cobrar vida propia, alejándose de los cánones medievales e insertándose poco a poco en el mundo renacentista, él no solo no creó un personaje femenino de relieve, sino que presentó personajes tipo, entre los que destacaba Dulcinea, que además de estar construida bajo un ideal, era fruto de la imaginación. Por tanto, no abrió la brecha que la mujer, como personaje literario, también necesitaba. La dejó relegada a su «privilegio ilustre de la existencia individual», la dejó continuar desempeñando el personaje tipo, genérico, que parecía ser en la sociedad.

Su segundo argumento nos llevaba al romanticismo, donde adoptó cierta individualidad, aunque no dejó de girar en torno al amor masculino. Así, con el uso de cursivas, se alegra de esta feliz situación: «A la mujer idea, fantasma, engendro poético, han sucedido *las mujeres*». Por tanto, como conclusión de su primera premisa, el valor de los personajes femeninos en la obra de Galdós afirmaba que, con la llegada del Realismo y el nacimiento de Pérez Galdós como novelista, fue cuando la mujer, como personaje literario, alcanzó su plenitud. Así concluye este alegato con punzantes, divertidas y sinceras palabras:

Galdós es el primer escritor español que introduce valientemente [a] las mujeres en su mundo. Las mujeres, múltiples y diversas, las mujeres reales y distintas, «ontológicamente» iguales al varón. Y esa es la novedad, esa es la deslumbrante conquista. Existe como el hombre, tiene el mismo género de realidad: es lo decisivo. Es lo primero que teníamos que ver. (p.9)

Galdós, a través de su universo novelesco, compuesto por una multiplicidad de personajes, insertó multitud de mujeres con un papel esencial en la obra. Eran personajes principales y secundarios, tenían características propias y a la vez comunes, dando lugar a una «multiplicidad resultante en vez de unidad previa». Estos, a través de la novela, en contraposición a la Historia, conseguían -y consiguen- que todas las valiosas vidas individuales que la historia debe simplificar y abstraer queden recogidas a través de los personajes, compuestos de instantes de realidad, de vida. Por ello, como herencia romántica, dibuja sus destinos con tintes trágicos, elevaban a la mujer en la literatura a su punto más álgido, se convertían en seres reales, rebeldes porque intentan ser individuales; esclavas únicamente de sus pasiones, casi villanas, a diferencia de las que se quedan en un segundo plano, como personajes tipo de la realidad cotidiana, difuminadas en el ir y venir de cada día.

Entre los numerosos personajes femeninos galdosianos, las que ella llamaba «las desheredadas», destacaba en primer lugar a Isidora, por su fuerza trágica. Su forma de existir era un suicidio, se aproximaba tanto al abismo que era totalmente inesperado verla allí, como si estos actos fuesen «propios de varón». De este modo, entre anáforas, envolviendo los actos de Isidora en una metáfora, remarcaba con cursiva la palabra *querido*: porque ella tomaba sus propias decisiones. Entonces, entre interrogaciones retóricas, se pregunta si realmente la tragedia española siempre la ha protagonizado la mujer.

A continuación, de forma más superficial, nos traía a la memoria a Fortunata, «hija del pueblo de Madrid», fiel a su personaje hasta el último instante, una «princesa de extinguida dinastía» como todos los personajes galdosianos, envuelta en el delirio de la maternidad. Y, para terminar, mencionaba a Nina, que vivía resignada, consciente de la miseria que le rodeaba y a pesar de ello era capaz de hallar paz en sí misma y a Dios en todo lo que observaba.

Concluyendo, el objetivo principal de este ensayo era resaltar los caracteres de los personajes femeninos galdosianos, mostrarnos a través de ellos que la mujer, incluso en la literatura, estuvo durante siglos supeditada al rol masculino de la sociedad y que gracias a este magnífico novelista pudieron desempeñar, al menos en la ficción, un papel individual. Zambrano veía en ellas una perfecta creación individualizada del personaje, pero, por desgracia, a unas mujeres dependientes de algo, víctimas de un sentimiento que de algún modo eliminaba su paz.

Como vemos, en todo momento se dedicó a incidir en la relevancia de la actuación del narrador canario, pero sin ir más allá, sin denunciar la situación de la mujer en el momento actual de una forma directa, señalando a media voz que desde que desapareció Galdós este tipo de producción novelística fue desapareciendo.

Conclusiones

Rueca una revista femenina distinta a las creadas hasta entonces, aunque en sus páginas se apreciaban colaboraciones y tendencias que se ofrecían en cualquier otra revista. La diferencia residía en su equipo redactor, formado únicamente por mujeres. Así, dejando de lado los temas propios de las revistas femeninas, se centraron por primera vez en los generalistas de interés para todos los lectores, creando así una publicación del mismo calibre que las realizadas por el sexo contrario. Por esta razón, quizás, Isabel de Palencia, conocida por su trayectoria política en España y su labor a favor de la mujer, quiso participar en la publicación e incluso invitar a Zambrano a colaborar en ella.

Entonces, en cuanto a la colaboración que salió en otoño de 1942 tras su sugerencia temática, fue de vital importancia porque inició una larga saga de textos, además de un libro de Zambrano dedicado a Galdós. Se trataba de un texto que, quizás por su carácter primitivo, no fue incluido en *La España de Galdós*, pero merece ser mencionado, junto a la carta de Palencia, en futuras ediciones anotadas o con aparato crítico. Así, gracias a esta invitación podemos adivinar la respuesta a curiosidades como: ¿por qué Galdós? Sabíamos que en España ya había publicado un texto sobre *Misericordia* durante la guerra y puede que la

invitación por parte de Palencia, que había sido actriz de obras galdeanas, le llamara la atención.

Respecto a la veleña y a su participación en las revistas literarias, al principio de estas páginas pusimos de relieve la necesidad de su estudio y nos centramos en un caso concreto con el deseo de abrir el camino en esta línea de investigación. Desde las conclusiones podemos confirmar el interés y curiosidad que suscita este caso concreto en la obra zambraniana y recordamos que puede haber mucho más por descubrir.

Por tanto, en esta línea y especialmente a través de la consulta e investigación de fuentes primarias como las que ofrece la Fundación María Zambrano encontrar muchas respuestas y, sobre todo, con la consulta de este tipo de documentos, especialmente allí, con ejemplares guardados por Zambrano, ampliados y tachados para convertirse en nuevos textos, abrirán muchas luces sobre el proceso de escritura zambraniano.

Índice de contenidos de Rueca (1941-1952)

AÑO I

- Nº I, Otoño de 1941
Juan Ramón Jiménez:
«Pobre verdad», p. 3.
Émile Noulet: «Leon Dierx,
poeta parnasiano», p. 4.
Carmen Toscano: «Tres
poemas», p. 8.
María Ramona Rey: «Hasta el
pulso del sol», p. 11.
Alí Chumacero: «Poema donde
el amor dice», p. 14.
María del Carmen Millán:
«Semblanza. Gutiérrez
Nájera», p. 17.
Laura Elena Alemán: «Canto
nocturno», p. 22.
Ernestina de Champourcin:
«Mientras allí se muere
(fragmentos)», p. 25.
André Guide (trad. de Carmen
Toscano): «El tratado
de Narciso (teoría del
símbolo)», p. 35.

Notas

- María R[amona] R[ey]:
«Alfonso Reyes: Algunos
poemas (1925-1939)», p. 44.
C[armen] T[oscana]: «Salvador
Díaz Mirón: Poesías completas
(1876-1928)», p. 47.
M[aría del] C[armen] M[illán]:
«Luis G. Urbina: El cancionero
de la noche serena», p. 47.

P[ina] J[uárez] F[rausto]

: «La novela que pudo ser (*El mundo
es ancho y ajeno*, de Ciro
Alegria)», p. 49.

Nº II, Primavera de 1942²⁵

- Alfonso Reyes:
«Hamadriada», p. 3.
Isabel Palencia: «Diálogos con el
dolor. La ceguera», p. 6.
María del Carmen Millán:
«Delirio», p. 14.
Jorge González Durán: «La rosa
del mar», p. 16.
Lionelo Ventura: «Los
discípulos de Emaús», p. 17.
Jaime Torres Bodet: «Cascada»,
«Octubre», «Muerte», p. 21.
Ernestina de Champourcin:
«Lo mío», p. 24.
Carmen Toscano:
«Pausa», p. 28.
Pina Juárez Fausto: «Los celos
de la tierra», p. 32.
Benjamín Jarnés: «Clavileño
(fragmento)», p. 36.
Isa Caraballo: «Mar de
octubre», «Mar sin ti», p. 42.
Zarina Lacy: «Poema», p. 44.
María Ramona Rey: «Un héroe
de la tragedia humana. En
torno a Stefan Zweig», p. 45.
Stefan Zweig: «La lucha
contra el demonio
(fragmento)», p. 53.

Notas

- M[aría del] C[armen] M[illán]:
«Laurel. Antología de la poesía
moderna en lengua española;
Antología de la poesía española
contemporánea», p. 56.
P[ina] J[uárez] F[rausto]:
«Rosamond Lehmann: La casa
de al lado», p. 58.
Ernestina de Champourcin:
«Azorín: Madrid», p. 60.
M[aría] R[amona] R[ey]:
«Francisco Giner de los Ríos:
Pasión primera», p. 63.
«Bernardo Casanueva Mazo: En
la cuarta vigilia», p. 63.

Nº III, Verano de 1942²⁶

- Jules Romains (trad.
de Ernestina de
Champourcin) y Juan José
Domínguez: «Oda», p. 3.
Concha Meléndez: «Versos libres,
de José Martí», p. 5.
Mada Ontañón: «Canción al
mar en tres tiempos», p. 8.
Efraín Huerta: «Guía
de malogrados
(fragmento)», p. 12.
Carmen Toscano: «Castillos en
el mar», p. 16.
José Luis Martínez: «Ejemplo de
sor Juana», p. 24.
Rainer María Rilke (selec. y
trad. de Manuel Pedroso):

25. Ilustración de Francisco de Zurbarán,
«Los discípulos de Emaús».

26. Ilustración de Diego Rivera.

«Fragmentos y sonetos», p. 27.
(ps.) Juan de la Encina:
«Arte mexicano
(consideraciones)», p. 33.
María del Carmen Millán:
«Teziutlán en mi
recuerdo», p. 40.
Laura Elena Alemán:
«Poemas», p. 43.
*María de los Ángeles Moreno:
«Bertrand y Baudelaire», p. 45.
Raúl Cervantes Ahumada: «El
rescate», p. 48.

Notas

M[aría] R[amona] R[ey]:
«Victoria Ocampo:
Testimonios», p. 51.
E[nma] S[aro]: «John
Steinbeck: *The Moon
is Down*», p. 52.
P[iná] J[uárez] F[rausto]: «José
María Benítez: *Ciudad*», p. 54.
M[aría del] C[armen] M[illán]:
«Rosa Chacel: *Teresa*», p. 58.
M[aría] R[amona] R[ey]:
«Manuel Calvillo: *Estancia en
la voz*», p. 60.
M[aría del] C[armen] M[illán]:
«Agustín Yáñez: *Flor de juegos
antiguos*», p. 62.

Nº IV, Otoño de 1942²⁷

Pablo Neruda: «Ercilla»,
«Océano», «Jinetes en
la lluvia», p. 3.
María Zambrano: «Mujeres
en Galdós», p. 7.
Marina Romero: «Ya no hay
tiempo», «Se fue quedando
vacía», «Pescador», p. 18.
María Ramona Rey: «El sueño
de acá», p. 21.
Francisco Giner de los Ríos:
«Corazón ardiendo», p. 24.
Fega Levitan: «El pequeño
deseo», p. 26.
*Águeda Fernández:
«Estampas», p. 28.
Neftalí Beltrán: «Canción a los
buenos principios», p. 31.
Pina Juárez Frausto: «Virginia
Wolf y sus novelas», p. 33.
Zarina Lacy: «Poema», p. 42.
Daniel Tapia
Bolívar: «Eva», p. 43.

Notas

E[rnestina] de Ch[ampourcin]:
«Henry Brailsford: Shelley,
Godwin y su círculo», p. 49.
«Juan Ramón Jiménez: *españoles
de tres mundos*», p. 61.
P[iná] J[uárez] F[rausto]: «Kart
Vossler: *Algunos caracteres de*

73

la cultura española», p. 51.
L[aura] E[lena] A[lemán]:
«Alberto Quintero Álvarez:
*Nuevos cantares y otros
poemas*», p. 54.
M[aría del] C[armen] M[illán]:
«Mañanas en México», de D. H.
Lawrence», p. 58.

Nº V, Invierno de 1942-1943²⁸

Enrique Díez Canedo: «A
Azorín por su *Lope en silueta*»,
«Soneto al soneto», p. 3.
Margarita Mendoza López: «Un
problema inicial en la historia
del teatro americano», p. 5.
Xavier Villaurrutia: «Sobre la
novela, el relato y el novelista
Mariano Azuela», p. 12.
Gabriela Mistral:
«Hay dos...», p. 17.
Henriette Charasson (trad. de
C[armen] T[osciano]): «Sobre
el camino», p. 20.
Miguel N. Lira: «Palabras a los
pájaros», p. 23.
Carmen Toscano:
«Poema», p. 36.
Alberto T. Araujo: «Estética de lo
cotidiano», p. 37.

Notas

María de la Ascensión
Chirivella Marín: «Discurso
(fragmentos)», p. 53.
C[armen] T[osciano]: «Pedro
Salinas: *Poesía junta*», p. 55.
M[aría] R[amona] R[ey]: «Raúl
Leiva: *Angustia*», p. 57.
E[rnestina] de Ch[ampourcin]:
«La antigua retórica,
Los siete sobre Deva, La
última Tule», p. 59.
Redacción: «[Sobre la
Exposición de pintura de
Florence Arquín]», p. 63.

AÑO II

Nº VI, Primavera de 1943

Enrique González Martínez:
«Suspensión», p. 3.
Walter Pach: «Ananías; 15 años
después», p. 4.
María del Carmen Millán: «Un
anhelo de fe», p. 10.
Ernestina de Champourcin:
«Poemas», p. 14.
Ida Appendini:
«Anassilla», p. 19.
Stella Corvalán: «Fechas
alrededor de mi vida»;
«Responso de mi
sangre», p. 26.
Renato de Mendoza: «La mujer

en las letras brasileñas.
Ensayistas y novelistas
modernas», p. 29.
José Rojas Garcidueñas: «Tres
fichas relativas a Ruiz de
Alarcón», p. 38.
Laura Elena Alemán: «Dos
poemas», p. 42.
Emilia Romero: «Sangre chola
(fragmento)», p. 44.

Notas

L[aura] E[lena] A[lemán]:
«Juan Rejano: *Fidelidad
del sueño*», p. 51.
M[aría] R[amona] R[ey]:
«Leopoldo Zea: *El positivismo
en México*», p. 54.
M[aría del] C[armen] M[illán]:
«Agustín Yáñez: *Archipiélago
de mujeres*», p. 56.
P[iná] J[uárez] F[rausto]:
«José Revueltas: *El luto
humano*», p. 59.

Nº VII, Verano de 1943²⁹

Paul Valéry (trad. de Jorge
Carrera Andrade): «La
hilandera», p. 3.
Juan Ramón Jiménez: «El
español perdido (¡Qué
extraño!)», p. 5.
Concha Méndez:
«Poemas», p. 11.
Verna Carlton Millán: «A
propos de Henry James», p. 13.
Julia Prilutzky Farny:
«Agonía», p. 17.
María Ramona Rey: «Con el
tiempo», p. 20.
Bernardo Jiménez Montellano:
«El grillo», p. 26.
Rodrigo Calderón: «Creo en ti»,
«Poema», p. 33.
María del Carmen Millán: «De
un poeta muerto», p. 35.
*Rafael López: «Primera
página», p. 38.
Concha Urquiza: «Soneto de
dos rimas», p. 39.
Carmen Conde: «Cuando los
poetas hablan a Dios. Juan
Maragall (1860-1911)», p. 40.
*Martha Salinas y Ruiz:
«Cuento», p. 48.

Notas

M[aría del] C[armen] M[illán]:
«Kart Vossler: *La soledad en la
poesía española*», p. 52.
L[aura] E[lena] A[lemán]:
«Efrén Hernández: *Entre
apagados muros*», p. 54.
E[rnestina] de Ch[ampourcin]:
«María Rosa Lida: *Dido y*

27. Ilustración de José María Velasco,
«Paseo en los alrededores de México».

28. Dos ilustraciones de Florence Arquín
llamadas «Paisaje».

29. Ilustraciones de Raúl Anguiano:
«Extraño flor» y «Caín».

su defensa en la literatura española, p. 58.
M [aría del] C[armen] M[illán]: «Adriana García Roel: *El hombre de barro*», p. 61.
Á[gueda] F[ernández]: «Exposición de la pintura de Raúl Anguiano», p. 63.

Nº VIII, Otoño de 1943³⁰

Carlos Pellicer: «Elegía feliz», p. 3.
Agustín Yañez: «Victoria y Gabriel (fragmento)», p. 6.
Francisco Monterde: «Tres estampas de México antiguo», p. 16.
Claudia Lars: «Reto», «Hermanos», p. 19.
Laura Elena Alemán: «Del espacio y el tiempo», p. 21.
Efraín Huerta: «El poema de amor», p. 30.
María Ramona Rey: «Entre los límites», p. 33.
Mada Ontañón: «A Rabindranath Tagore, desde América», p. 38.
Carmen Conde: «Cuando los poetas hablan a Dios. Antonio Machado (1939)», p. 40.

Notas

L [aura] E[lena] A[lemán]: «Enrique González Martínez: *Antología poética*», p. 50.
M [aría] R[amona] R[ey]: «Efraín Huerta: *Poemas de guerra y esperanza*», p. 52.
M [aría del] C[armen] M[illán]: «Francisco Monterde: *El temor de Hernán Cortés y otras naciones de la Nueva España*», p. 56.
M [aría] R[amona] R[ey]: «Anna Seghers: *La séptima cruz*», p. 58.
Á[gueda] F[ernández]: «Exposición de la pintura de María Izquierdo», p. 61.
Redacción: «[Sobre las diferentes exposiciones pictóricas que se han sucedido en los meses que preceden a este número de la revista]», p. 62.
Redacción: «[Sobre la edición de un libro sobre el pintor José María Velasco a manos de Juan de la Encina]», p. 63.

Nº IX, Invierno de 1943³¹

Jean Garrigue: «Tres poemas», p. 3.
John Fredrick Nims: «La

sonata rubia», p. 7.
Muriel Rukeyser: «El alma y el cuerpo de John Brown», p. 10.
Laura Elena Alemán: «El poeta y la autocritica (apuntes debidos al azar)», p. 17.
José Attolini: «Presencia de ti misma», p. 28.
Julio Jiménez Rueda: «El colegio trilingüe de Salamanca», p. 30.
Carmen Toscano: «Las manos», p. 33.
Hildegard Buch: «Heine y Rosalía de Castro (reflexiones)», p. 37.
Carmen Conde: «Cuando los poetas hablan a Dios. Juan Ramón Jiménez (1881)», p. 41.

Notas

M [aría del] C[armen] M[illán]: «Julio Jiménez Rueda: *Miramar. El rival de su mujer*», p. 52.
E[rnestina] de Ch[ampourcin]: «Kenneth Patchen: *The Dark Kingdom*», p. 54.
L [aura] E[lena] A[lemán]: «Roberto Guzmán Araujo: *Liras de amor y muerte*», p. 57.
M [aría] R[amona] R[ey]: «Juan Manuel Ruiz Esparza: *El desierto iluminado*», p. 60.
Á[gueda] F[ernández]: «Exposición del círculo de escultores de México», p. 61.

Nº X, Primavera de 1944³²

Bernardo Ortiz de Montellano: «Rosa», «Rosa mística», p. 3.
Rafael Solana: «El seguro», p. 5.
Mada Ontañón: «Poema a un muchacho muerto», p. 17.
É[mile] Noulet: «Jean Tousseul», p. 20.
Jean Tousseul (trad. de José Carner): «La abandonada», p. 21.
Manuel Calvillo: «Poema», p. 25.
Ernestina de Champourcin: «Distancia», p. 26.
María del Carmen Millán: «Dos aspectos en la obra de Bernardo de Balbuena», p. 27.
Max Aub: «Me acuerdo hoy de Aranjuez», «Odio y amor», p. 32.
Nuria Balcells: «Árboles», «Odio y amor», p. 34.
Fega Levitán: «Un poco de piano», p. 36.
Corina Garza Ramos: «Tres pesares», p. 38.

Notas

L[aura] E[lena] A[lemán]: «Alfredo Cardona Peña: *El mundo que tu eres*», p. 49.
M [aría del] C[armen] A[lemán]: «Bernardo Ortiz de Montellano: *Figura, amor y muerte de Amado Nervo*», p. 51.
M[aria] R[amona] R[ey]: «Margarita Urueta: *San lunes. Una hora de vida. Mansión para turistas*», p. 53.
C[armen] T[osciano]: «José Carner: *Misterio de Quanaxhuata*», p. 56.
E[rnestina] de Ch[ampourcin]: «Paulino Masip: *Histórias de amor*», p. 57.
Á[gueda] F[ernández]: «Frida Kahlo o la melancolía de la sangre», p. 59.
Redacción: «Homenaje de Rueca a la mejor obra de creación literaria publicada en 1943», p. 61.
Redacción: «Enrique Díez-Canedo ha muerto», p. 62.

Nº XI, Verano de 1944³³

Jules Supervielle (trad. de Josep Carner): «Famille de ce monde», p. 3.
Alfonso Reyes: «Juan Jacobo sale al campo», p. 7.
Man'ha Garreau-Dombasle: «Francia», p. 16.
Bernardo Ortiz de Montellano: «Baudelaire y López Velarde», p. 22.
Jules Romains (trad. de E[rnestina] de Ch[ampourcin]): «Montparnasse (fragmento)», p. 28.
Xavier Villaurrutia: «Caillois y Rougemont», p. 34.
Victoria Ocampo (trad. de M[ada] O[ntañón]): «Sobre *El silencio del mar*», p. 40.
Manuel Toussaint: «La influencia de Francia en el arte colonial de México», p. 47.
Roger Caillois (trad. de C[armen] T[osciano]): «Membra disjecta», p. 53.
Julio Jiménez Rueda: «La lírica galante de Provenza», p. 60.
José Luis Martínez: «Palabras francesas», p. 64.
Ernestina de Champourcin: «Evocación», p. 67.

Notas

Rafael Solana: «Jornada en Francia», p. 69.

30. Ilustraciones de María Izquierdo: «Primavera» y «Óleo».

31. Ilustración de Ignacio Asúnsolo: «Cabeza del pintor Francisco Goitia». Adolfo Laubner: «Elvira (bronce)».

32. Ilustraciones de Frida Kahlo: «Autorretrato» y «Naturaleza muerta».

33. Ilustración de Ignacio Asúnsolo, «Cabeza del pintor Francisco Goitia».

Maurice Garreau Dombasle y
María del Carmen Millán:
«Discursos de la entrega del
Homenaje a Rueca», p. 73.

AÑO III

Nº XII, Otoño de 1944³⁴

James Franklin Lewis:
«El apocalipsis de la
harmonía», p. 3.
Madeleine Rabell: «La
psicología en la literatura
contemporánea», p. 10.
Octavio [G.] Barreda:
«Poemas», p. 17.
Bernardo Ortiz de Montellano:
«P. S. Baudelaire y López
Velarde (otras notas y
aclaraciones)», p. 22.
Jorge Carrera Andrade:
«Iislario», «Aventura y muerte
del viento», p. 26.
Sara Teasdale: «Night song at
Amalfi», p. 29.
Gastón Figueira: «Evocación de
Sara Teasdale», p. 30.
Mauricio Gómez Mayorga: «Un
caballo en el espejo», p. 33.
María del Carmen Millán: «El
maestro [Enrique Díez-
Canedo]», p. 35.
María Adela Domínguez:
«Alfabeto de la noche y la
lluvia», p. 38.
Laura Elena Alemán:
«Poemas», p. 40.
Margarita Urueta:
«Evasión», p. 45.
Winett de Rokha: «Vigilia
tumultuosa», p. 49.

Notas

C[armen] T[oscano]: «Juan
José Domenchina: *Pasión de
sombra*», p. 53.
E[rnestina] de Ch[ampourcin]:
«Ricardo Palma: *Flor de
tradiciones*», p. 56.
M[aría] R[amona] R[ey]:
«Francisco Rojas González: *La
Negra Angustia*», p. 57.
C[armen] T[oscano]:
«Rafael Heliodoro Valle: *Visión
del Perú*», p. 58.
«Emilia Romero: *Juegos del
antiguo Perú*», p. 59.
«Adalberto Navarro Sánchez:
*Liras y Palabras dentro
del mar*», p. 59.
«Héctor René Lafeur: *Tres
gracias*», p. 60.
Laura E[lena] A[lemán]:
«Ángel Zárraga: *Poemas*», p. 60.
«Anita Arroyo: *Las artes*

industriales en Cuba», p. 60.
M[aría] R[amona] R[ey]:
«J. Óscar Arveras: *Regreso de la
esperanza*», p. 61.
«Estrella Genta: *Elegía del
tránsito*», p. 62.
«Martín Alberto Boneo: *Sonetos
de eterno amor*», p. 62.
Á[gueda] F[ernández]: «Los
niños pintores», p. 62.

AÑO IV

Nº XIII, Invierno de 1944-1945³⁵

Alí Chumacero:
«Inolvidable», p. 3.
María Ramona Rey: «Tras
el hilo de los juegos
(fragmentos)», p. 4.
Carmen Toscano: «Al paso»,
«Con los ojos cegados», p. 8.
Verna Carleton de
Millán: «Evocación de
Elynor Wylye», p. 10.
Roberto Guzmán Araujo:
«Nocturno», p. 15.
Carlos Luquín: «El extraño caso
del señor Moneda», p. 19.
Concha Méndez:
«Poemas», p. 27.
Neftalí Beltrán: «La señora
Narciso (pieza en tres
actos)», p. 29.

Notas

M[aría] R[amona] R[ey]:
«Julio Jiménez Rueda:
*Letras mexicanas en el
siglo XIX*», p. 56.
«Lucio Mendieta y Núñez: *La
caravana infinita*», p. 61.
«Aluizio Medeiros: *Mundo
evanescente*», p. 62.
E[rnestina] de Ch[ampourcin]:
«Mauricio Gómez Mayorga: *El
ángel el tiempo*», p. 57.
«Malkha Rabell: *En el umbral de
los ghettos*», p. 59.
M[aría] del C[armen] M[illán]:
«Carlos Solórzano: *Del
sentimiento de lo plástico en la
obra de Unamuno*», p. 58.
«José Bianco: *Las ratas*», p. 60.
Índice general de autores (nº
1-13), p. 5-12.

Nº XIV, Primavera de 1945³⁶

Juan Ramón Jiménez:
«Distinto», p. 3.
María Ramona Rey: «Tras
el hilo de los juegos
(fragmentos)», p. 4.
Waldo Urzúa Álvarez: «El niño
de las vacas», p. 9.

Ernestina de Champourcin:
«Sonetos», p. 11.
Paulino Masip: «Dúo. Comedia
en una escena», p. 16.
María Enciso: «Viento de
Angustia», «Silenciosa
muerte», «El hombre», p. 26.
Monelisa Lina Pérez-
Marchand: «Poetas
puertorriqueñas», p. 30.

Carmen Alicia Cadila: «Por
decreto de Dios», «Yo
quisiera tener», «La palabra
vencida», p. 34.
Carmelina Vizcarrondo:
«Pregón en llamas», «Lirio
moreno», «Sus alas», «La
cosecha», p. 37.
Julia de Burgos: «Nada», «Río
Grande de Loiza», p. 43.
María Mercedes Garriga:
«Canto cuarto —al
bohío», «Canto sexto
—siembra mayor», p. 46.
Edmundo Báez:
«Canciones», p. 51.

Notas

M[aría] del C[armen] M[illán]:
«Enrique Díez-Canedo:
Epigramas americanos», p. 57.
«Efraín Huerta: *Los hombres
del alba*», p. 61.
M[aría] R[amona] R[ey]:
«Alí Chumacero: *Páramo de
sueños*», p. 58.
«Rafael Solana: *Los santos
inocentes*», p. 62.

Nº XV, Verano de 1945⁴⁷

Archibald Mac Leish (trad. de
E[rnestina] de Ch[ampourcin]
y C[armen] T[oscano]):
«Voyage West (Viaje
al Oeste)», p. 3.
José Luis Martínez:
«Nuestra imagen de la
literatura norteamericana
(fragmento)», p. 7.
Edgar Allan Poe (interpretación
de Enrique González
Martínez): «El cuervo», p. 11.
Arqueles Vela:
«Edgar Poe», p. 15.
Verna Carleton Millán:
«Literatura de los Estados
Unidos en guerra», p. 23.
Muriel Rukeyser: «Easter
Eve, 1945 (Vísperas de
Pascua, 1945)», p. 31.
Daniel Catton Rich:
«Un reto a los pintores
americanos», p. 35.
Carl Sandburg (trad. de Ignacio
Millán): «1945, y en doce de

34. Ilustraciones de *María Luisa Estebas y *Rafael Vázquez.

35. Ilustraciones de *María Luisa Estebas y *Rafael Vázquez.

36. Ilustraciones de *Ricardo Martínez: «El astrónomo», «Paisaje del pedregal».

37. Ilustraciones de Glokens, «The Dream Ride»; [Thomas Hart] Benton, «The Music Lesson»; [Mary] Cassat, «Young Mother Sewing»; y [Winslow] Homer, «Sloop. Bermunda».

38. Ilustraciones de Juan Soriano:
«Niña», «Por las granadas».

39. Ilustraciones de María Izquierdo,
«Óleo»; Valetta Swan, «Óleo»; y
Olga Costa, «Óleo».

40. Ilustraciones de Francisco
Amighetti, «Grabado» y de
*Juan Madrid, «Retrato de niña
muerta» y «Bailarina».

abril, la muerte vino», p. 43.
José Attolini: «La poesía
norteamericana
contemporánea», p. 45.
Walt Whitman (trad. de
José Attolini): «La última
invocación», p. 52.
T. S. Eliot (trad. de José
Attolini): «Preceptos para un
anciano», p. 53.
Ezra Pound (trad. de
José Attolini): «Una
muchacha», p. 54.
Thomas Bailey Aldrich
(trad. de José Attolini):
«Arquitecto enamorado de la
rima aérea», p. 55.
Edwin Arlington Robinson
(trad. de José Attolini):
«Richard Cory», p. 56.
Robert Frost (trad. de José
Attolini): «El teléfono», p. 57.
Robinson Jeffers (trad.
de José Attolini):
«Brilla desfaleciendo
república», p. 58.
E. E. Cummings (trad. de José
Attolini): «En alguna parte
donde nunca estuve», p. 59.
Allen Tate (trad. de José
Attolini): «El sentido de
la vida», p. 60.
John Crowe Ransom (trad. de
José Attolini): «Muchachas
azules», p. 61.
Hart Crane (trad. de José
Attolini): «Norte de
Labrador», p. 62.
Ralph Steele Boggs: «El folklore
en las universidades de los
Estados Unidos», p. 63.
José Luis Martínez: «Discurso
de la entrega del homenaje de
Rueca, 1944», p. 71.

Notas

Mariá del Carmen
Millán: «Discurso de la
entrega del homenaje de
Rueca, 1944», p. 74.
Harold W. Bentley: «Un saludo a
la revista *Rueca*», p. 73.

Nº XVI, Otoño e Invierno de 1945-1946³⁸

Alfonso Reyes:
«Ciudad remota», p. 3.
A. R. Nykl: «Jaufre Rudel», p. 6.
Neftalí Beltrán:
«Décimas», p. 10.
Mada Ontañón: «Juana Inés de
la Cruz», p. 11.
Daniel Tapia Bolívar: «El marido
de Monna Lisa», p. 15.
Alberto Baeza Flores:

«Tres canciones en las
Antillas», p. 28.
Ninfa Santos: «Poema», p. 32.
Vicente Magdalena: «Signos
de un pensador de
nuestra época», p. 33.
Carmen Natalia: «Poema de
eternidad cansada», p. 42.
Alberto T. Arai: «Meditación
sobre la cortesía», p. 44.
Edmundo Báez: «Declaraciones
de amor», p. 50.
Carmen Toscano: «Rosario de la
Acuña (fragmento)», p. 53.
Miguel N. Lira: «Sueño de las
voices mudas», p. 59.
Julio Jiménez Rueda:
«Comediantes de otros
tiempos», p. 61.
Manuel de Escurrida:
«Poema», p. 66.
Jean Cocteau (trad. de Jorge
Carrera Andrade): «Poemas
en prosa», p. 68.
Mauricio Gómez Mayorga:
«Poema», p. 70.
Enrique Gabriel Guerrero:
«Condición esforzada», p. 72.

Notas

José Antonio Portuondo: «Los
criollos del Papel Periódico
(1790-1820)», p. 74.
E[rnestina] de Ch[ampourcin]:
«*Sidonia Carmen Rosenbaum:
*Moder Women Poets of Spanish
América*», p. 89.
«Carmen Laforet: *Nada*», p. 94.
M [aría del] C[armen]
M[illán]: «Santiago Rueda
Medina: *Las islas también son
nuestras*», p. 91.
Isaac Rojas Rosillo: «Ramón
Gómez de la Serna: *Norah
Borges*», p. 92.

AÑO V

Nº xvii, Primavera de 1948³⁹
Gabriela Mistral: «Dice una
puerta...», p. 3.
Helena Beristáin: «Pedro
el tonto», p. 5.
Fernando Wagner: «Sobre el
trabajo del actor», p. 9.
Alfredo Cardona Peña: «Las
guardias», p. 17.
Justino Fernández: «Pintoras de
ayer y de hoy», p. 21.
Carlos Domínguez Ayala:
«Dilema», p. 26.
José Rojas Garcidueñas: «El
hallazgo del crítico», p. 27.
Margarita Paz Paredes: «A veces
llora el hombre», p. 32.

Clementina Díaz y de Ovando:
«Amor y muerte en el
Romancero», p. 35.
Carlos Prendez Saldías:
«Soledad», p. 49.
José Attolini:
«Desinterés», p. 51.

Notas

M[argarita] P[az] P[aredes]:
«Javier Peñaloza Calderón:
Preludio en sombra», p. 57.
C[lementina] D[íaz] y de
O[vando]: «José Deleito
Piñuela: *La mujer, la casa y
la moda (en la España del rey
poeta)*», p. 59.
*A[gueda] F[ernández]: «Valetta
Swan. Exposición en el
Salón Verde», p. 61.
M[argarita] M[endoza]
L[ópez]: «*Enrique V*, de
William Shakespeare, versión
cinematográfica de Laurence
Olivier», p. 62.

Nº XVIII, Verano de 1948⁴⁰

Alfonso Reyes: «Epicedio», p. 3.
José Luis Martínez: «Lealtad a
la tradición», p. 5.
Stella Corvalán: «Canto a
Gabriela», p. 9.
Ernesto Cardenal: «Salomón
de la Selva: el soldado
desconocido», p. 12.
Bernardo Ortiz de Montellano:
«Orfeo», p. 20.
Rosario Castellanos: «Muro de
lamentaciones», p. 21.
Dolores Castro: «Obra
y figura de Francisco
Amighetti», p. 26.
Martha Medrano:
«Poema», p. 30.
Bernardo Jiménez Montellano:
«Pasanoche», p. 32.
Helena Beristáin: «Porque el aire
conciso...», p. 35.
Wilberto Cantón: «Aniversario
de una amistad», p. 37.
Ernesto Mejía Sánchez: «La
poesía», p. 44.
Rafael Lozano: «La poesía de
Adelaida Crapsey», p. 45.
Adelaida Crapsey (trad.
de *Rafael Lozano): «El
pregón de la vendedora de
canciones», «El reloj de sol»,
«Cinquinos», p. 46.
Concepción Sada: «El teatro en
México», p. 50.

Notas

M[artha] M[edrano]: «Alfonso Reyes: *Grata compañía*», p. 55.

H[elena] B[eristáin]: «Otto Raúl González: *Sombras era*», p. 58

«Bernardo Casanueva Mazo: *Vesperales*», p. 60.

L[uclero] L[ozano]: «Ángel Rojas: *La novela ecuatoriana*», p. 62.

Nº XIX, Otoño de 1948⁴¹

Juan Ramón Jiménez: «Las tres presencias», p. 3.

Julio Jiménez Rueda: «La herencia medieval en la cultura de América», p. 5.

Efraín Huerta: «Eres amor...», p. 8.

Helena Beristáin: «Memorias de una novicia», p. 9.

Octaviano Valdez: «Suite infantil», p. 15.

Julio Torri: «Odisea y Robinson», p. 19.

Arcadio Noguera: «Tramonto», «En el río», «Recogimiento», «El camino», p. 22.

Lucero Lozano: «Díaz Mirón y la poesía romántica», p. 24.

Carlos Alvarado Lang: «La ilustración popular en México», p. 31.

Manuel Durán: «Instante», p. 31.

Rafael Solana: «Lírica esdrújula», p. 32.

Alfredo Cardona Peña: «Temas del alba», p. 38.

Alí Chumacero: «Predominio de lo absurdo», p. 40.

Manuel Lerín: «Voz al recuerdo», p. 48.

Regino Pedroso: «Sólo acero», p. 50

Notas

H[elena] B[eristáin]: «Francisco Giner de los Ríos: *Los laureles de Oxaca*», p. 55.+

«Francisco González Guerrero: *Los libros de los otros*», p. 57.

«Enma Godoy: *Pausas y arena*», p. 59.

«Pedro Guillén: *Atrás está la bruma*», p. 62.

L[uclero] L[ozano]: «Rosario Castellanos: *Trayectoria del polvo*», p. 56.

«Margarita Paz Paredes: *El anhelo plural*», p. 58.

«Francisco Orozco Muñoz: *Renglones de Sevilla*», p. 60.

M[artha] M[edrano]: «Luis Cernuda: *Como quien espera el alba*», p. 61.

Nº XX, Invierno de 1951-1952⁴²

Jorge Guillén: «He aquí la persona», p. 3.

Xavier Villaurrutia: «Prólogo a *El minutero de Ramón López Velarde*», p. 5.

F[rancisco] Giner de los Ríos: «Nostalgia del desterrado», p. 10.

Carmen Conde: «Poesía femenina en España», p. 14.

Ángela Figuera Aymerich: «Viento», p. 16.

Susana March: «¿Y qué será de

la muerte?», p. 17.

Ana Inés Bonnin de Armstrong: «¡De vuélvemelos, Señor!», p. 19.

Pura Vázquez: «Misterios», p. 20.

Alfonsa de la Torre: «Vienes a mí...», p. 21.

Clemencia Laborda: «Ciudad (fragmentos)», p. 23.

Rosario Castellanos: «Nocturno», p. 26.

Rafael Paz Paredes: «El ‘guarda’ Téllez», p. 28.

José Attolini: «Galicia», «Pugna», «Invulnerable», p. 35.

Trina Mercader: «Detrás de mí», «Dos poemas», p. 38.

J[osé] M[aría] González de Mendoza: «Tablada y López Velarde», p. 41.

Ernesto Mejía Sánchez: «El río», p. 48.

Carmen Toscano: «Butaca 17, tercera fila», p. 50.

Notas

María del Carmen Millán: «Mariano Azuela: *Sendas perdidas*», p. 68.

Rosario Castellanos: «Dolores Castro: *El corazón transfigurado*», p. 70.

Elena Bolaños: «Octavio Paz: *Libertad bajo palabra*», p. 72.

41. Ilustraciones de José Guadalupe Posada, «Gendarme (Grabado)»; y Manuel Manilla, «El Dios Baco».

42. Ilustraciones de Pablo O'Higgins: «Mujer de Oxaca» y «Yanhuitlán».